

¿CRISIS DE LOS PARTIDOS EN AMÉRICA LATINA? EL PAPEL DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS LATINOAMERICANOS EN EL ESCENARIO RECIENTE

Adrián Albala (adrian.albala@gmail.com)

Universidad de São Paulo, (Brasil)

Soraia Marcelino Vieira (soraiamvieira@gmail.com)

Universidad Federal Fluminense (Brasil)

Desde los años noventa, mucho se ha hablado sobre la supuesta “crisis de los partidos y sistemas de partido” en América Latina. Estos habrían perdido su influencia e identidad, serían incapaces de generar vínculos con la sociedad civil, entre otros. Por otra parte, las evoluciones recientes en materia de telecomunicación han abierto un espacio para una nueva forma de hacer política aparentemente des-intermediada. Así, los movimientos sociales que aparecieron recientemente en varios países de la región se nutrieron de estos cambios tecnológicos, pareciendo apartarse de los partidos, cuando no liberarse de ellos. Este artículo propone actualizar el debate sobre la vinculación política en América Latina, desconstruyendo asimismo el síndrome de su aparente crisis.

Palabras clave: Partidos, Sistemas de partidos, representación, América Latina

A PARTY CRISIS IN LATIN AMERICA? THE RECENT ROLE OF LATIN AMERICAN POLITICAL PARTIES

Since the 1990's, many have spoken of the supposed “crisis of parties and party systems” in Latin America. According to this view, parties have lost influence and identity, are unable to create links with civil society, among others. On the other hand, recent innovations in telecommunications have created opportunities for a new and apparently non-intermediated form of doing politics. The social movements that have emerged in several Latin American countries have been nourished by this technological change, distancing, if not outright breaking with, traditional political parties. This article aims to update the debate on political linkages in Latin America, deconstructing this supposed crisis.

Keywords: Parties, Party Systems, Representation, Latin America

Introducción

En lo que va de década, numerosos países de América Latina han experimentado movimientos sociales inéditos en su amplitud, con reivindicaciones recayendo tanto en demandas sociales “clásicas” (políticas públicas focalizadas), como en la aparición de temáticas nuevas (matrimonio homosexual, aborto, cuestiones ambientales, etc.). Si bien esta emergencia de la sociedad civil latinoamericana viene a asentar los procesos de consolidación democrática en la región, lo que impactó en muchos casos fueron su espontaneidad y desvinculación con los órganos tradicionales: los partidos políticos. En varios casos como Chile, México, Colombia y Brasil, las movilizaciones se expresaron en paralelo o, incluso, en contra de los partidos y sistemas de partidos establecidos. Con ello, se pudo observar que las pautas de identidad social y política tendieron, en estos casos, a forjarse fuera de los partidos (Universidades, redes sociales, ONG entre otros), y esto sin que se procurara un re-ordenamiento de las pautas de representación. Asimismo los partidos que suelen ser considerados como actores centrales en la publicidad y canalización de las demandas sociales actuando como representantes de la sociedad, parecerían haber perdido, en estos casos, algo de su protagonismo.

Estos fenómenos recientes vienen alimentando la literatura en boga en los años 2000 sobre la supuesta “crisis” de los partidos en América Latina, mientras que en el mismo tiempo se observó un avance casi generalizado de los procesos de institucionalización de los sistemas de partidos en la región (Scartascini *et al.*, 2010; Jones, 2010; PNUD-OEA, 2010)¹.

El objetivo de este artículo consiste, entonces, en generar una contextualización del debate sobre el desempeño y el papel de los partidos y sistemas de partidos latinoamericanos, a través de la literatura reciente que trata de la transformación de la representación política. De este modo, procuraremos establecer en este artículo un mapeo de las pautas de representación política en Sudamérica, a través de dos preguntas-ejes: ¿qué se entiende por “crisis de los partidos” en América Latina? Y ¿en qué medida esta ‘crisis’ afectaría la calidad de la representación política en la región? Observamos, de hecho, que de manera concomitante a los procesos de transición democrática en la región, proliferaron los trabajos sobre sistemas políticos y sistemas de partido en América Latina. Sin embargo, los referentes culturales y analíticos utilizados para el estudio y la comprensión de estos sistemas se fundan, en general, sobre los cánones europeos u “occidentales” (Abal Medina, 2003; Roberts, 2012).

¹ En este aspecto, Perú aparecería como un caso “desviante”, con partidos sin sistemas de partido.

Uno de los ejemplos más significativos proviene de la consideración de los partidos latinoamericanos a partir de los criterios propios a los “partidos de masas” (Duverger 1981), considerados como referencias, para los cuales la capacidad de movilización y los vínculos programáticos son elementos centrales de su definición. Ahora bien, este padrón de análisis era adecuado en un período histórico y geográfico dado (en Europa occidental y continental), pero su empleo generalizado y directo a América Latina (e incluso Norteamérica) parece inadecuado –con algunas excepciones como el caso de Chile–, dados los procesos y contextos diferentes de formación e identificación partidaria en la región.

Por otro lado, más allá del hecho de que en varios países los partidos parecen mantener su centralidad en la gestión de demandas socio-políticas (Argentina, Uruguay), o incluso haber desarrollado esas capacidades (Bolivia, Ecuador y Venezuela), es preciso notar que este debate sobre el aparente declive de los partidos latinoamericanos se inscribe en una agenda de investigación más global (Mair, 2007; Bardi *et al.*, 2014), y con cierta dimensión cíclica (Manin, 1995). Por consiguiente, procuraremos observar si el nivel de institucionalización del sistema de partidos puede ser un elemento de explicación para entender el mantenimiento del protagonismo de los partidos políticos en la sociedad. Asimismo, mostraremos que, si bien la desvinculación social de los partidos parece ser efectiva en ciertos países, Chile a la cabeza, la desconfianza de la ciudadanía en contra de los partidos, aunque muy alta, no parece ser tan significativa en comparación con los niveles europeos. Además, observaremos la disminución de la vinculación directa entre partidos y sociedad civil. Del mismo modo, no observamos tentativas de re-ordenamiento ni de deposición del orden estructural de las sociedades latinoamericanas. Para ello, realizaremos, en un primer momento, una actualización de la literatura acerca de la evolución del papel de los partidos políticos, junto con un análisis desde la teoría del cambio. Por último, observaremos cómo esto se aplica a la realidad latinoamericana y en qué medida los casos latinoamericanos difieren de los europeos.

1. Mapeando el debate sobre partidos políticos y teoría del cambio social

Para iniciar la temática de la supuesta crisis de los partidos políticos y del sistema partidista, juzgamos necesario retomar la discusión acerca de las características de los partidos políticos y su importancia para la democracia. Históricamente los partidos políticos son agremiaciones que representan el interés de grupos, o sea, son la forma de representación de los ciudadanos en las democracias representativas, sin embargo

los cambios observados en los últimos años tanto en la sociedad como en los propios partidos llevan a cuestionar su eficacia y legitimidad en la representación de la ciudadanía.

1.1 Enfoque clásico de la teoría de partidos políticos: origen, papel y evolución

Uno de los problemas del análisis de partidos políticos contemporáneo es que se busca compararlos con la tipología clásica de Duverger (1981). Así la mayor parte de los trabajos en la literatura sobre el fenómeno, intenta encuadrar a las organizaciones contemporáneas en uno de los dos tipos discutidos por el autor, partidos de cuadros o partidos de masa, en un momento en que estos grupos presentan características distintas a las observadas en la primera mitad del siglo XX, cuando surgió esta clasificación. Además de los cambios organizativos y del papel de los partidos, es posible observar una evolución en las discusiones sobre la temática. De hecho, últimamente aparecieron nuevas propuestas para estudiar los partidos políticos, los cuales irían más allá de su formación (masa o cuadros), abarcando otras dimensiones de la organización y de la vida partidista. Estos estudios se fundan sobre dos diferentes tradiciones. La primera es el modelo de competencia electoral (Duverger, 1981; Ware, 1995), en el que se analizan los motivos de la existencia de diferentes tipos de organización partidista durante las primeras etapas de la democratización.

La segunda corriente es la institucional. Diferentemente del modelo de competencia electoral, el modelo institucional prioriza a la dinámica de la formación de la organización, y cómo sus diferentes elementos se relacionan entre sí. Este enfoque no niega que la necesidad de competir por votos pueda llevar a un partido a reformar o modificar su estructura, pero su énfasis está en la existencia de padrones en las relaciones intra-partidistas que limitan la posibilidad del partido para ciertas formas organizacionales. El trabajo inicial de esta tradición es el de Panebianco (1980).

Dicho esto, analizaremos aquí estas dos corrientes. El estudio más conocido de la primera tradición es el de Duverger (1981), en el que se clasifican los partidos a partir de su origen interno (desde el parlamento) –los partidos de cuadros– y externo (origen fuera del parlamento, basado en movimientos populares) –los partidos de masa–. Esta corriente defiende que el efecto de la competencia de otros partidos es uno de los elementos que los lleva a adoptar un tipo particular de organización. El estudio considera, también, su estructura (directa o indirecta), la cual opone en un plan horizontal partidos como organizaciones unitarias (estructura directa) y

partidos como confederaciones de otras entidades (estructuras “indirectas”). Para Duverger las estructuras indirectas eran menos comunes, y normalmente eran encontradas entre partidos socialistas y católicos, y destaca que un partido puede presentar rasgos más o menos indirectos. Por su lado, Epstein (1980) y Ware (1995) analizan la organización partidista como una respuesta a la competencia para los votos. Se argumenta que el modelo americano de partidos sería el más adecuado para conducir las modernas campañas electorales. En una era de campañas televisivas, encuestas de opinión, etc., los partidos necesitan de menos miembros para movilizar los electores. Lo más importante para estas organizaciones es tener el dinero suficiente para pagar por estos servicios. Para conseguir los recursos necesarios sería más fácil recurrir a grupos de intereses y contribuyentes individuales, que conseguir dinero a través de la búsqueda de muchos miembros. Un problema adicional es que con muchos miembros el liderazgo partidista puede ser constreñido a elaborar un tipo de campaña alineado con los deseos de su *corpus operandi* (Ware, 1995).

Como podemos observar, este enfoque analiza los partidos a partir de su origen, vinculándolo a cuestiones de organización. Ahora bien, lo que se observa cuando hacemos un análisis de la producción acerca de partidos, es que muchos académicos se centran en la clasificación de Duverger buscando los parámetros de partidos que se acercan al típico partido de masas sin evaluar los partidos contemporáneos en su contexto y su organización. El partido de masa sería, de esta forma, considerado como el partido por excelencia, o “partido 0” (Abal Medina, 2003). Siguiendo esta vertiente, Kirchheimer (1966) evalúa la evolución de los partidos de masa al formato *atrapa todo*. El autor sostiene que después de la Segunda Guerra, es posible observar cambios significativos, tanto en los partidos burgueses como en los partidos de masa. Así, a pesar de la permanencia de partidos burgueses, después de la subida de los partidos de masa al poder, el cambio en el sistema partidista hizo que otros actores llegasen a la escena política conduciendo a un cambio en las reglas del juego político. Los partidos de masa se abrieron a nuevas coaliciones dejando de enfocar la línea divisoria entre las clases, transformándose así en partidos populares, con amplia convocatoria que englobara desde los trabajadores hasta las clases medias. Este nuevo enfoque transformó los clásicos partidos de masa en partidos *atrapa todo*.

Además de los estudios que enfocan el origen de los partidos, la corriente institucional es caracterizada por estudios que analizan la organización partidista a partir de los tipos de formación, su organización y la relación entre estos dos elementos. En su trabajo, Panebianco (1980) evalúa que la organización del partido es definida por su grado de centralización/ descentralización y del poder de la coalición dominante en

el interior de la institución. Su tipología conecta dos variables: modelo originario (cómo se formó el partido) y su grado de institucionalización. El modelo presenta tres fases: génesis, institucionalización y madurez. La primera, relacionada al momento en que el partido surge, sus características iniciales y posición en el sistema partidista; la segunda relativa al periodo de institucionalización de la organización, cuando enfrenta las disputas electorales y se establece en el sistema; por fin, la tercera es cuando la institución ya tiene su espacio y electorado. Como se observa, los partidos presentan un formato evolutivo, el cual también recibe influencias externas, como la competencia electoral, lo que hace que él pueda cambiar su posición, o sea no presenta una estructura rígida.

Lo que se puede constatar es que el perfil del partido va más allá de su origen: es influenciado, también, por el tipo de organización y por el ambiente externo donde se encuentra. A partir de ahí, es posible concluir que los partidos son instituciones dinámicas que pueden cambiar su perfil tanto por cuestiones internas (conformación de una coalición dominante) como por cuestiones externas (competencia electoral). En este sentido, los partidos de masa, como los clasificaba Duverger, han sufrido modificaciones significativas a lo largo de su trayectoria. Entra entonces en consideración el cambio organizativo de los partidos y del sistema partidista; en su proceso evolutivo los partidos disminuyen su vinculación con la base, se vuelven dependientes de los recursos financieros del Estado y participan del gobierno, cambiando así la estructura de financiación y la relación entre partidos y electorado (Katz y Mair, 1995).

En este contexto los principales partidos crearían carteles o alianzas para obtener recursos públicos, controlar el mercado político y mantenerse en cargos políticos estratégicos, haciendo acuerdos para ganar recursos que se volvieron necesarios para su supervivencia. De esta forma, los partidos se transforman en estructuras del gobierno y del parlamento. Mair (2003, 2007) sostiene que este contexto cambia el papel de los partidos ya que fuera de los cargos públicos la identidad partidista presenta poca importancia. Este fenómeno genera un cambio en la estructura partidista clásica: por un lado el partido se aleja de la sociedad civil mientras se acerca al Estado. Así, es posible observar un cambio en el centro gravitacional del partido, lo que se conocía como “partido de masa” pierde espacio para el “partido de gobierno”. Con el acercamiento del partido al Estado se puede relevar, por tanto, un alejamiento con el ciudadano. En este sentido, es posible observar que el partido en su concepción tradicional no existe más. Los partidos contemporáneos son distintos, su base organizacional y su vinculación social es cada vez más frágil (Kitschelt 2007), pero al mismo tiempo

su cara pública es cada vez más fuerte y más eficazmente mantenida. Con esto, los partidos cambiaron sus funciones más representativas por un papel de carácter más procedimental, algo que acompaña el movimiento de los partidos de la sociedad civil hacia el Estado. Tal mudanza señala un importante aspecto en relación a la supuesta “disminución de la importancia de los partidos”.

En este sentido, cambiarían también las funciones clásicas de estas instituciones². Mair (2003, 2007) sostiene que sin los partidos estas actividades podrían no ser desempeñadas, lo que debilitaría la legitimidad y eficacia de la democracia representativa. Esta transformación de las pautas organizacionales y funcionales de los partidos, produjo un debate importante sobre la posible “crisis” de los partidos políticos y sistemas de partidos, una vez que el papel clásico de los partidos ya no fuera claramente observable en el contexto contemporáneo (Manin, 1995).

Las encuestas contemporáneas señalizan el crecimiento del número de ciudadanos que no se identifican con ningún partido existente. En este sentido, se observa una menor identidad ideológica de los partidos (que presentan agendas menos radicales y más parecidas a fin de conquistar el “elector mediano”) la cual, aliada a las transformaciones en sus funciones y modos de organización, hace que los electores tengan cada vez más dificultades en considerarlos como representantes de sus intereses y preocupaciones. De hecho los partidos contemporáneos enfrentan un escenario bastante distinto de los partidos de la primera mitad del siglo XX y actúan de acuerdo con el contexto en que están insertos. Asimismo, como instituciones en constante proceso de evolución los partidos cambiaron sus estrategias a lo largo del tiempo, alejándose de una estructura con fuertes vínculos sociales a una estructura más cercana al gobierno, pero sin perder su importancia como intermediadores entre los dos actores (sociedad civil y gobierno) en el análisis, proposición e implementación de políticas públicas.

² Diamond y Gunther (2001) los partidos presentan siete funciones resumidas así: i) reclutar y nombrar candidatos a cargos electivos; ii) movilizar el soporte del electorado para sus candidatos y estimular la participación electoral; iii) estructurar las elecciones de los candidatos que compiten en el grupo a través de diferentes dimensiones de cuestiones; iv) representar diferentes grupos sociales simbólicamente o en la promoción de grupos de interés; v) agregar intereses específicos en el aspecto electoral y gobiernos de coaliciones; vi) formar parte de la base de apoyo del gobierno; y vii) integrar a los ciudadanos más ampliamente en el Estado-nación y su proceso político. Según Montero et al. (2007), son cinco las funciones de los partidos, resumidas así: i) ganar elecciones; ii) definir políticas públicas; iii) articular, agregar y representar intereses; iv) movilizar y socializar a los ciudadanos; y v) reclutar élites y formar gobiernos.

Por ende, la cuestión que emerge es cómo los partidos actuales pueden conectarse con la sociedad civil y con los ciudadanos. Se perfila asimismo que los partidos van a depender cada vez menos de la estructura partidaria enraizada en la sociedad y dependerán cada vez más del apoyo de organizaciones no partidistas independientes integradas a la sociedad civil, constituyendo una fuente de ideas y retroalimentación más eficaz, más barata, pero menos representativa (Mair, 2003). Es posible observar, entonces, una trayectoria transformativa de los partidos políticos, lo cual no significa necesariamente que estén en crisis. Los partidos se adaptaron a la competencia electoral y reforzaron su papel en el gobierno; por otro lado las mudanzas sociales observados a lo largo del siglo XX (medios de comunicación, los cambios en las estructuras de las relaciones de trabajo, entre otros) llevaron a una alteración comportamental por parte de partidos y bases sociales.

1.2 El orden político como análisis estructural

Si los partidos han experimentado transformaciones en su estructura y organización, los sistemas de partidos también son sujetos a estructuraciones y reestructuraciones (Altman y Luna, 2011), organizándose y articulándose alrededor de un clivaje central articulador del “orden político” (Albala y Parra, 2011). Precisemos que este orden político consta de procesos y evoluciones que evidencian su carácter moldeable frente a presiones internas y externas. Consideramos, entonces, la necesidad de asumir dicho fenómeno como un *proceso*, realimentándose constantemente en torno a motivaciones individuales o colectivas de preservación o cambio, evitando asimismo el de considerar toda re-estructuración partidaria como fruto o expresión de una inestabilidad o “crisis” sistémica. En otras palabras, los cambios de orden estructural, siguen procesos cíclicos alrededor de una lógica avances-estabilización-retrocesos, que pueden ser más o menos brutales.

Por otro lado, estas consideraciones suponen a su vez el de no perder de vista la esencia de “la política”, esto es las acciones e interacciones de los diferentes agentes entre sí y los vínculos de interdependencia que unen a los distintos actores entre sí, tanto dentro del sistema político como con agentes exteriores al sistema como componentes de la “sociedad civil” (sindicatos, empresarios, intelectuales, e instituciones que parecerían *a priori* “apolíticas” como la Iglesia, el ejército, etc.), cuya influencia varía en función de los países y las épocas. De esta forma, los distintos cambios estructurales han de ser considerados en función de su vinculación o ausencia de vinculación con la sociedad.

En consecuencia, la realización de una tipología para el análisis estructural del cambio aparece necesaria para caracterizar las evoluciones del orden político y de los realineamientos y re-ordenamientos que genera. Por ello se precisa identificar previamente de qué orden se trata y cuáles son los agentes de este orden, así como los elementos de formación (su origen) y de su estructuración como sistema. Así, en las democracias representativas, la organización y la estabilidad del sistema recaen, tradicionalmente, en marcadores identitarios donde los agentes se reconocen entre sí y se oponen, o “alinean”, alrededor de elementos estructurales de “demarcación”.

El análisis previo de la noción de “cambio” implica la emergencia de una o varias opciones alternativas a un “orden” en vigor, y supone, por ende, un proceso de identificación de los eventos que condujeron a la emergencia de dicho cambio. Estas oportunidades se materializan sobre tres niveles: i) la estructura de representación, ii) la competencia entre los actores sobre su capacidad de movilización, y iii) las referencias en términos de culturas y valores, capitalizadas en recursos políticos por los propios agentes políticos presentes. En función de las características estructurales, las opciones pueden provenir tanto desde el orden establecido (como movimiento interno) como en contra de éste (movimiento externo).

El origen del cambio puede variar tanto en función de las aptitudes sociales particulares de cada agente a producir o reproducir estructuras de dominación y representación desde su capital socio-económico y su prestigio (“capital simbólico”). En lo que respecta a partidos y sistemas de partidos, la estructuración depende de la organización del sistema de partidos y de sus componentes, así como de sus respectivos grados de institucionalización (Mair, 2007; Harmel y Taylor, 2007; Luna, 2007). Por lo tanto, podemos establecer una clasificación de los tipos de cambios del orden político, en función de su grado de intensidad y de su origen. En la tabla 1, presentamos cuatro tipos de cambios en dos grandes categorías, según que el cambio genera, o no, una mutación de la estructura de representación y de los órganos de representación. Distinguimos asimismo dos casos de “ruptura” dentro de un sistema de tipo democrático. En primer lugar, los procesos de *realineamiento* donde los actores del cambio son los propios agentes del orden establecido, y donde la ruptura consiste en un proceso dinámico de re-equilibrio de las fuerzas en presencia y/o una reconfiguración de los hábitos y recursos de los distintos agentes. Los *realineamientos* se inscriben y se producen sobre varios periodos electorales, los cuales constituyen tantas “fases de realineamiento”. De este modo, el momento de ruptura típico que da vida a un proceso de realineamiento del sistema político corresponde al ocaso de una “elección crítica”, y el proceso se confirma y consolida mediante nuevas elecciones³.

³ La noción de “elección crítica” fue introducida por Key (1959), quien la consideraba como el proceso de realineamiento per se. Luego Carmines y Stimson (1989) le darán a la noción una dimensión más dinámica.

Este fenómeno se distingue del de *re-ordenamiento*, donde el cambio procede de la emergencia de actores externos al sistema, y que tienden a operar una ruptura con el orden establecido mediante la creación de una fuente de demarcación, y aglomerando a los agentes del orden antiguo entre sí, caracterizándolos como agentes del sistema u *oligarcas*. Dicho de otro modo, en el primer caso, el cambio procede de manera sistémica (dentro del sistema y por los propios agentes del sistema), mientras que en la segunda forma, éste procede de la aparición de un nuevo actor, quien se convierte en el agente fundador de un nuevo sistema contra el orden antiguo, cuyos agentes tienden a operar un reflejo de convergencia conservadora.

Como ejemplo prototípico de re-ordenamiento, podemos citar el caso de la aparición de la UCR en la Argentina, y su accesión al poder en detrimento de la “oligarquía” representada por el PAN. De la misma forma, un cuarto de siglo más tarde, la aparición e instalación en el gobierno del peronismo constituye otro ejemplo de re-ordenamiento político, ya que el origen de ambos y su *raison d'être* eran externos al sistema vigente. En el caso del PJ el re-ordenamiento parece aun más fuerte en torno de él, ya que su emergencia condujo a una coligación de la totalidad de los actores políticos en su contra, con el propósito de rescatar el orden político argentino.

Por fin, los casos de cambio político que conllevaron a —o provinieron de— una transformación de las estructuras de representación, son, a su vez, divididos en dos en función de su origen. Así, los casos i) cuyo origen proviene desde el sistema, corresponden a lo que Dahl (2003) define por “liberalización” de la representación política, donde un poder o una “casta” procede (de manera más o menos forzada) a abrir el acceso del ejercicio del poder (o al menos su representación) a nuevos agentes que solían quedar fuera del sistema hasta entonces; y ii) donde por “deposición” entendemos los casos de cambio brusco y radical del sistema político, fruto de la intervención de actores externos al sistema establecido, contribuyendo asimismo a un cambio de régimen. Esta última definición abarca a la vez los casos de “revoluciones democráticas” (a imagen de las recientes “primaveras árabes”), como golpes de Estado, invasión extranjera (p.ej. la invasión de Irak por EE.UU. en 2003). Concluimos, por fin, sobre el hecho de que los casos de *derrumbes* de los sistemas políticos desde el interior constituyen casos de transformación atípica, que podríamos clasificar como *consecuencia* de una liberalización⁴.

⁴ El caso del derrumbe de la Unión Soviética, no se asimila a un caso de deposición ya que ninguna “revolución” vino a destituir el régimen soviético. Al contrario, fueron miembros del interior, a través de la figura de Boris Yeltsin que aceleraron el proceso de liberalización (perestroika), iniciado

Tabla 1:
Tipología del cambio de orden estructural

		Transformación de las estructuras de representación	
		No	Sí
Origen del cambio	Interno	Realineamiento	Liberalización
	Externo	Re-ordenamiento	Deposición

Elaboración Propia

En suma, es posible decir que el grado de intensidad del cambio está vinculado con su campo de origen. Una ruptura que provendría del propio sistema, y por ende controlado por éste, tiende a ser más “absorbible” por los agentes del sistema. Por lo contrario, la emergencia de actores provenientes desde fuera del sistema, es potencialmente más crítica para el orden establecido. De aquí que proviene el interés de los agentes del propio orden para cooptar o recuperar cualquier elemento externo potencialmente subversivo. Repitamos, por fin, el carácter circular y gradual de los procesos. Así, una liberalización, al estar mal gestionada, puede desembocar en una revolución, la cual, al estabilizarse e institucionalizarse, puede experimentar reequilibrios y realineamientos internos (Dahl, 1994).

2. Vinculación social de los partidos y sistemas de partidos de Sudamérica

Con lo visto anteriormente, es posible notar, al igual que Dix (1989), Roberts (2003, 2012) y González y Queirolo (2013), que la visión ordenadora de los clivajes parece padecer de un eurocentrismo y no aplicarse realmente a la realidad latinoamericana. Asimismo, la reproducción de los modelos analíticos siguiendo a Duverger sobre el continente latinoamericano, y un particular afán en buscar una clasificación europea de los partidos y sistemas de partidos latinoamericanos alrededor del eje izquierda/derecha (Coppedge, 1997; Alcántara y Rivas, 2007; Alcántara, 2004; Colomer

por Gorbachov, aprovechándose de un contexto interno y externo favorable para un cambio de régimen.

y Escatel, 2005), condujeron a que aparecieran numerosos errores heurísticos y metodológicos en términos de tipologización de los alineamientos políticos de la región. En esta parte, procuraremos realizar una actualización del análisis de los sistemas de partidos sudamericanos.

2.1 Pautas de socialización originales de los partidos sudamericanos

De manera casi simultánea a varios países europeos, la mayor parte de los países de Sudamérica, y Latinoamérica en general, comenzaron su construcción nacional a mediados del siglo XIX. Sin embargo esas “revoluciones nacionales” latinoamericanas y, sobre todo, sus actores principales, difieren de los procesos europeos. De hecho, excepto Brasil, la mayor parte de los procesos de creación nacional es el fruto de guerras de independencia frente a la lejana metrópolis española, por parte de élites criollas: los caudillos, esencialmente latifundistas. La construcción de los partidos y la organización de los sistemas de partidos son, por consiguiente, en su mayoría el fruto de tensiones entre las elites.

Estos dos elementos son centrales, ya que la lejanía de la potencia colonial (al contrario de procesos similares en Europa donde la antigua potencia “ocupante” es, en general, un país vecino), a la que se suma la debilidad administrativa e institucional de la estructura colonial⁵, conduce a la aparición de una larga inestabilidad política en casi toda la región, donde las líneas de tensión pueden ser tanto internas (*entre caudillos*) como externas (*entre caudillos de naciones distintas*). En este contexto, la principal fuente de oposición y de conflicto entre los caudillos estaba ligada al acceso de parcelas de poder político y económico. De esta forma, la competencia entre los actores se materializaba por una oposición en general binaria, alrededor de dos visiones de organización política del Estado en gestación: centralizadores contra federalistas. Esta oposición se asemeja, de cierta forma, a la dicotomía centro/periferia, como es descrita por Lipset y Rokkan (1967), y asentó, en la mayor parte de la región, la dualidad entre liberales y conservadores.

⁵ Esto se diferencia de los procesos europeos, donde las revoluciones nacionales ocurrieron en a) naciones ya consolidadas en fronteras más o menos estables (Francia, Gran Bretaña, España), y b) procesos de construcción nacional y confederación de territorios que se reivindicaban como de una misma nación (Suiza, Alemania, Italia, Bélgica). Los procesos de independencia “violenta”, ocurrieron más bien a finales del siglo XIX, y principios del siglo XX, concentrándose esencialmente en la parte oriental de Europa (Checoslovaquia, países balcánicos, Polonia, etc.), en secesión con las potencias imperiales austro-húngara, rusa u otomana.

A estos procesos tardíos y caóticos de estabilización del Estado, se agregó un modelo socio-económico centrado en la exportación extensiva de productos esencialmente primarios (agrícolas en las zonas litorales, mineros en los países andinos), hasta mediados del siglo XX. Esta especialización económica combinada con la inestabilidad política condujo a que se retardara o detuviera el proceso de revolución industrial en la región. Por ende, de no constar de forma precoz con un proletariado industrial muy desarrollado ni con sindicatos con alcance muy fuerte, la región no se ha constituido en torno a la clásica disyuntiva trabajadores/ patrón⁶, lo que generó una heterogeneidad estructural de las clases trabajadoras y bajas. Los clivajes en la región padecen asimismo de raíces superficiales en cuanto a una forma de distinción estructural o sociológica. En los bipartidismos “históricos”, como los de Colombia, Venezuela o Uruguay, esa lógica es aún más relevante, pues los clivajes estructuradores de la competencia política, nacen con las independencias y son el fruto de divisiones inter-oligárquicas, organizadas de forma vertical en donde el electorado es relativamente indiferenciado (Roberts, 2012; Albala y Parra, 2011).

De hecho, la construcción de los sistemas de partidos y de la competencia política en Latinoamérica parece ser el producto de las competiciones originarias entre las oligarquías, y la relación gobernantes/gobernados y representantes/representados, se fundaba más bien sobre bases clientelares y simbólicas que ideológicas (Dix, 1989; Roberts, 2003, 2012). De ahí que los sistemas partidarios sudamericanos y latinoamericanos, en general, con la excepción de Chile, no estarían ordenados alrededor de clivajes sociales, sino más bien alrededor de conflictos que bien podrían parecer interpersonales (Roberts, 2003). Los partidos latinoamericanos serían asimismo, en su mayoría, meras máquinas electorales, donde los vínculos entre los partidos y sus electorados decaerían de consideraciones utilitaristas y personales, al estilo de los partidos estadounidenses. Esta falta de ordenamiento sobre bases ideológicas y programáticas sería, de hecho, la causa y la consecuencia de la inestabilidad política en la región (Lipset, 2001:8).

Sin embargo, las preferencias políticas no pueden ser tratadas únicamente a través de temáticas políticas o ideológicas, las motivaciones pueden ser variadas y la identificación con un partido constituye un elemento central (Ostiguy, 2009).

⁶ Salvo en el caso chileno, debido a la explotación precoz del salitre y luego del cobre. Para los demás países, si bien se ha de notar, particularmente en la Argentina, la existencia de una fuerte influencia político-intelectual de corte marxista y anarquista, esta influencia es fruto de la inmigración de trabajadores europeos (en particular españoles, italianos y franceses) y queda enmarcada en estratos muy limitados de la sociedad, sin real penetración nacional (Halperin Donghi, 2005).

Asimismo desconsiderar el aspecto de identificación social de las “marcas” políticas coloradas y blancas en Uruguay, radicales y peronistas en la Argentina, AD y Copei en Venezuela, o conservadores y liberales en Colombia, sería un error analítico grave (Freidenberg y Levitsky, 2007; Luna, 2007). Con todo esto, si la competencia política no se ordenara, tradicionalmente en la región, con la excepción de Chile, alrededor del clivaje europeísta izquierda-derecha, por las razones que acabamos de ver, esto no supone *per se* una ausencia de estructuración alrededor de clivajes (Kitschelt *et al.*, 2010), estos pueden ser simbólicos, locales, religiosos, entre gobierno y oposición.

El proceso de industrialización observado a partir de los años 1940 y el crecimiento de la inmigración europea en este período trajo una nueva configuración de la organización y la representación política en la región. Los partidos políticos vinieron organizándose bajo una nueva perspectiva, con fuerte vínculo social. En este contexto surgieron numerosos partidos de corte marxista, los cuales condujeron en numerosos países de la región al inicio de un *re-ordenamiento* del sistema de clivaje. Estos procesos fueron en su mayoría depositados por los golpes de Estado en la región o mediante un combate armado contra dichos movimientos desde el Estado.

2.2 Evolución de los partidos y sistemas de partidos latinoamericanos desde la redemocratización

Además de las especificidades anteriormente analizadas, otra cuestión importante que define las pautas, la organización e institucionalización de los partidos y sistemas partidistas en Latinoamérica son las rupturas observadas en regímenes de excepción ocurridos en la región. El último ordenamiento observable se inicia a partir de finales de la década de 1970, con el fin de las dictaduras en el subcontinente. El fin de los regímenes dictatoriales fue marcado por muchos cambios y por la necesidad de readaptación de los partidos políticos a la normalidad democrática y a la competencia política.

Los partidos que se re-estructuraron en el periodo post dictadura enfrentaron una serie de retos. Además de la búsqueda de su institucionalización tenían que intentar conquistar las preferencias del electorado que también presentaba cambios considerables en relación al periodo pre-dictadura. Mientras en Europa la mudanza del electorado ocurrió en periodo democrático la ruptura observada en Latinoamérica ocasionó un cambio entre periodos, o sea, el perfil del elector en las nuevas democracias era muy diferente del periodo anterior. En este sentido es posible destacar las innovaciones en relación al uso de tecnologías en campañas electorales, y los cambios observados en el electorado tanto en lo que se refiere a la expansión

del sufragio como los cambios en la percepción del electorado y expectativas del elector, así como el posicionamiento de los partidos frente a las demandas de los ciudadanos. Otro cambio importante fue el declive del número de simpatizantes, miembros, activistas e, incluso, electores en los procesos electorales. Estos cambios ocurridos en las democracias consolidadas a partir de los años 1960 solo pudieron ser observados en Latinoamérica en el período post dictaduras, justamente con la (re)estructuración de los partidos políticos.

Diversos investigadores de la vertiente institucionalista (entre ellos Alcántara, 2004, 2006; Mainwaring y Scully, 1996) han producido un conjunto de informaciones sistémicas con las características formales de los sistemas de partidos latinoamericanos e importantes análisis sobre su funcionamiento entre el período de redemocratización y los años 2000. Los principales resultados apuntados por esta corriente están relacionados con el grado de institucionalización partidaria en la región. Hay un consenso, en la literatura, que los partidos latinoamericanos serían, con las excepciones de la Argentina, Chile y Uruguay, poco institucionalizados, lo que despunta como un factor clave para entender la baja interacción entre partidos y ciudadanos, o sea la baja capacidad de los ciudadanos latinoamericanos de adoptar los partidos como sus intermediadores en el sistema político. Sin embargo, es posible evaluar que el sistema se encuentra en fase de institucionalización, una vez que se observan características de estabilidad, con la permanencia y profesionalización de los principales partidos, elecciones periódicas, entre otros.

Otra importante constatación de esta corriente es relacionada al dinamismo existente en los sistemas partidistas de la región (Mainwaring y Torcal, 2005), que a pesar de la estructuración programática puntual observada en algunos estudios (Alcántara, 2006), va en contra su estabilidad inter-temporal y la capacidad de la ciudadanía de establecer vínculos con los partidos a partir de preferencias programáticas (Luna, 2007).

Además de esta corriente, la vertiente no institucionalista analiza el comportamiento partidista a partir de las cuestiones económicas, o sea el buen desempeño económico influenciaría el apoyo a los candidatos de la coalición presidencial, mientras la oposición permanece con pocas opciones de un buen desempeño electoral. Por otro lado, los momentos de crisis despuntan como posibilidades de cambios ya que “en momentos de crisis económica y en sistemas donde las opciones tradicionales han sido deslegitimadas por crisis precedentes, no provee ‘seguros’ ante los fuertes impulsos desestabilizadores que pueden introducir movimientos electorales anti-sistema” (Luna, 2007:408). Por otro lado, cuando el gobierno consigue manipular la economía a su favor se crearían incentivos para la consolidación de “ciclos políticos de la economía”,

lo que ofrece una pseudo-estabilidad a corto plazo pero genera crisis aún más profundas en el mediano plazo (Luna, 2007). Sin embargo esta vinculación entre economía exitosa y suceso electoral, no constituye una excepción latinoamericana, y de hecho puede ser observada en todas las democracias contemporáneas, donde los electores castigan el gobierno, cuando ocurren problemas económicos.

Es posible observar que el contexto macroeconómico sería un factor determinante en las opciones de los electores latinoamericanos en los años recientes. Así, Coppedge (1998) considera que es posible observar dos tendencias en los partidos de América Latina después de la redemocratización, especialmente en el período 1982 a 1990. En la primera fase hay una transformación de *partidos de masa* con énfasis en la organización, encapsulamiento y movilización de militantes hacia el formato de partido *profesional-electoral*. En este caso la vinculación entre los partidos y el elector no ocurre por medio del reclutamiento o adhesión de militancia, sino mediante captación de adhesiones por marketing político y la cooptación clientelar de los sectores sociales más bajos. El segundo movimiento caracterizado por un proceso de sustitución de partidos tradicionales por nuevas organizaciones con rasgos organizacionales más funcionales al contexto económico de crisis y austeridad. Coppedge considera este último proceso como *darwinismo político*, donde los partidos se adaptan a la realidad social y política, proceso que favorece a aquellas organizaciones que presentan mejor capacidad de adaptación en un contexto de cambios ocurridos entre las décadas 1980 y 1990, cuando fueron implementadas las políticas de austeridad en un escenario de estancamiento económico. Respecto a la evolución y adaptabilidad de los liderazgos que aparecieron desde los años noventa y que supieron adaptar su retórica, tanto para la aplicación de medidas neoliberales en los años 1990 (Fujimori, Color de Mello, Menem, Uribe); como a través de un rejuvenecido discurso “de izquierda antiimperialista”, a partir de los años 2000 (Chávez, Morales, Correa, Ortega, Kirchner, Maduro, Humala). Lo que se observa es que los partidos de la región habrían saltado una etapa vista en la constitución de estas organizaciones en Europa. En Latinoamérica, los partidos que resurgieron en el período pos-dictaduras parecen haber pasado, en la mayor parte de los casos, directamente a la etapa de partidos *catch al* y *cartel* sin experimentar la etapa de *masa* (Weyland, 2003, 2013; Luna y Zechmeister, 2010).

Si en varios aspectos estas conclusiones, y la comparación de los casos entre sí puedan parecer como simplistas, es posible notar, sin embargo que esas figuras condujeron en parte a un re-ordenamiento (ver figura 1) paulatino de los sistemas políticos de la región alrededor de las oposiciones globales, combinando intervención —o no—

del Estado en la economía y asuntos valóricos. Precisemos, sin embargo, que estos procesos re-ordenadores de los sistemas de partidos latinoamericanos, comenzaron en los años 1990 en Chile y Uruguay. En Chile, alrededor del clivaje autoritarismo/democracia que se superponía de manera casi simétrica la oposición intervención del Estado/ *laissez-faire* económico, aunque esta última al menos desde las élites partidarias, fuese menos intensa (Albala, 2009). En Uruguay, la conquista de la Intendencia de Montevideo por la coalición de izquierda Frente Amplio asentó su capacidad de gestión y su proyección nacional, reordenando la competencia política en una disputa entre el Frente Amplio y los partidos “tradicionales” (Colorado y Nacional) agrupados en el mismo “polo” *de derecha*. Otro caso “precoz” de re-ordenamiento político es el caso brasileño, después de la destitución de Collor de Mello y de la implementación del Plan Real en respuesta a la crisis hiperinflacionista de 1993-94, y a pesar de la gran diversidad de los actores políticos en el “presidencialismo de coalición” brasileño, y la fuerte permanencia de prácticas clientelares sobre la mayor parte del territorio, la oposición entre los polos Partido de la Social Democracia Brasileña y sus aliados contra el Partido de los Trabajadores y sus aliados, tendió a estructurarse y cristalizarse en torno a una demarcación relativamente clara del tipo “Estado versus mercado.”

Asimismo, a través de esos re-ordenamientos, los sistemas de partido de la región conocieron grandes cambios a partir de los años 1990, mediante la aparición de nuevos partidos y desaparición completa de los bipartidismos (Albala y Parra, 2010). En América del Sur, sólo Perú y en menor medida Paraguay no han terminado de ordenar sus sistemas de partidos en torno a oposiciones claras. Como consecuencia de estos procesos, se pueden notar una intensificación de las oposiciones y una polarización de la competencia política, particularmente ahí donde aparecieron líderes carismáticos (Weyland, 2013; Levitsky y Roberts, 2011). Por otro lado, puede parecer legítimo preguntarse si el orden actual de la competencia política en la mayoría de las democracias de América del Sur será capaz de sobrevivir después de la desaparición (política y/o física) de esas “figuras fundadoras.”

3. Cartelización de los sistemas de partidos y aparición de una ciudadanía de “desconfianza”

Con la crisis económica de 2001 y sus efectos directos y devastadores sobre la matriz socio-económica en la Argentina, apareció el lema de “¡Qué se vayan todos!”, en dirección de la clase política argentina, y más precisamente del gobierno de Fernando De la Rúa, que efectivamente acabaría yéndose por helicóptero solo dos años después de asumir como presidente. Sin embargo el lema fue inmediatamente

seguido por otro: “¡elecciones ya!”, demostrando que los argentinos no renunciarán ni al juego democrático ni dejarán de confiar totalmente en sus partidos políticos (Novaro, 2009). De hecho, la crisis del 2001 tuvo como principal consecuencia la atomización de la tradicional Unión Cívica Radical y la aparición de múltiples partidos, más o menos estructurados, en la escena política, y desde entonces no se ha registrado ningún movimiento importante en contra de la clase política del país. De la misma forma, los partidos argentinos continúan siendo los principales interlocutores y canalizadores de las demandas y movilizaciones sociales en el país.

Este primer caso de confrontación de la ciudadanía con su clase política inauguró, sin embargo, una época inédita de desconfianza hacia los partidos de la región. Por otro lado, la aparición mediática de casos de corrupción en varios países condujo, asimismo, a un auge de la fiscalización de los gobiernos y un empoderamiento ciudadano en cuanto a rendición de cuentas. Este auge de la *défiante* (Rosanvallon, 2006) en la región parece haber influido tanto en la confianza hacia los partidos como en la participación política. Así, desde la década de 2000 numerosas encuestas vienen presentando la creciente pérdida de crédito de las instituciones políticas en Latinoamérica. En la tabla 1, computamos una evolución sobre 15 años de la confianza hacia los partidos políticos en Sudamérica, México y Costa Rica⁷ y observamos que, de hecho, el nivel de confianza permanece bastante bajo (23%). Ahora bien, antes de sacar cualquier tipo de conclusiones, parece interesante comparar esos datos con los de democracias supuestamente institucionalizadas como las de Europa, y observamos de manera sorprendente que el nivel de confianza hacia los partidos de los latinoamericanos permanece por encima del de los europeos. Trabajos en esta línea apuntan que los cambios de los últimos años tanto en relación al uso de nuevas tecnologías en campañas electorales como las expectativas de los electores y el posicionamiento del partido frente a las demandas de los ciudadanos generan un escenario de baja vinculación elector/partido y creciente desconfianza del primero en relación al segundo.

Los datos de las encuestas permiten mostrar una correlación entre los niveles de confianza hacia los partidos con el ocaso de crisis económicas en la región. Las fechas seleccionadas (1997, 2002, 2007, 2001) corresponden con los niveles inmediatamente previos y posteriores a las crisis económicas mayores en Latinoamérica (entre 1998 y 2001) y a la reciente crisis económica mundial que

⁷ Descartamos voluntariamente los países centroamericanos y caribeños por su escasa cultura política y democrática previa a la “tercera ola” de democratizaciones. En efecto, como lo muestra Garretón (1997), los procesos iniciados en los años 1980-1990 consistieron, allí, esencialmente en “inauguraciones” democráticas.

sacudió particularmente Europa (2008-2010). Si los niveles de desconfianza hacia los partidos parecen estar vinculados al contexto y a la percepción de la *performance* de los gobiernos de los países considerados, un dato viene a llamar la atención: dejando de lado el Perú y su ausencia de sistema de partidos, observamos que los países que tienen los niveles más bajos de confianza hacia los partidos en 2011, son también los países que experimentaron las principales movilizaciones sociales apartidarias o anti-partidarias. En este sentido, las grandes movilizaciones sociales en Chile (2011-2013), Colombia (2011-2012), México (2012) y Brasil (2013) parecen haber transformado, al menos en parte, las pautas de canalización y publicidad de los conflictos (Mouffe, 2007), donde *lo* político (el conflicto social en sí) se instala fuera de *la* política (las instituciones políticas tradicionales).

Además, Chile y Colombia registraron los niveles de participación electoral más bajos para las últimas elecciones presidenciales (2010 en Colombia, 2013 en Chile), con una tasa de participación inferior a 50% en Chile y Colombia. Estos niveles se inscriben, de hecho, en una tendencia marcadamente a la baja desde 1989 en Chile, o en una rutina de baja participación electoral (Colombia), afectando en ambos casos al electorado más joven. Sin embargo, el impacto y las consecuencias de estos bajos niveles de confianza hacia los partidos pueden ser distintos en función del grado de cultura política y democrática de dichos países. En efecto, si el caso chileno y en menor medida el colombiano, parece inscribirse en una tendencia global de las democracias consolidadas (Bardi et al., 2014), sin parecer poner en peligro el orden político y democrático de estos países. La situación es distintamente preocupante en los casos brasileño y mexicano que además de contar con una cultura democrática aún débil, no poseen sociedades civiles muy desarrolladas (Moisés y Meneguello, 2013).

Tabla 2:
Confianza hacia los partidos políticos, América Latina – Unión Europea

País/ Región	1997	2002	2007	2011
Argentina	29	4	14	24
Bolivia	20	9	14	18
Brasil	18	13	16	16
Chile	35	12	20	17
Colombia	21	10	18	17
Costa Rica	26	24	15	19
Ecuador	16	7	8	33
México	31	12	24	18
Paraguay	27	7	12	23
Perú	20	13	14	15
Uruguay	45	28	34	41
Venezuela	21	19	36	35
Sudamérica + CR+ Mx	26	13	19	23
Unión Europea	25*	18*	18**	14**

Notas: * UE con 15 países; ** UE con 27 países. Fuente: i) Latinobarómetro 1996-1997, 2002, 2007, 2011; ii) Eurobarómetro Standard n°48, diciembre 1997; n°57, octubre 2002; n°68, diciembre 2007; n°74; n° 76, diciembre 2011.

Por otro lado, al observar los niveles de desconfianza hacia los sistemas de partidos y la aparición de movimientos sociales a-partidarios o anti-partidarios es posible relevar la ausencia de vinculación directa con el grado de institucionalización de los sistemas de partidos. Si Chile, México, Costa Rica y Colombia parecen observar una cierta correlación entre alto nivel de institucionalización de su sistema de partidos, alta desconfianza hacia los partidos y aparición de movimientos sociales a-partidarios; esta relación no se observa en Uruguay, la Argentina y Venezuela, que presentan niveles semejantes de institucionalización de sus sistemas de partido (Jones, 2007; Alcántara y Tagina, 2013). Finalmente, la contraria tampoco se verifica pues observamos resultados dispares en cuanto a niveles medianos (Brasil, Bolivia, Ecuador), o bajos (Perú y Paraguay) de institucionalización, baja confianza en los partidos (Brasil, Bolivia y Perú) y movimientos sociales a-partidarios.

Una pista de análisis podría encontrarse en el nivel de estructuración de los órdenes políticos y la ausencia de realineamientos o reestructuraciones, como causante de los descontentos hacia los partidos y la emergencia de movimientos a-partidarios, y por otro lado, a pesar de la importancia de estos movimientos, no llegarán a

promover realineamientos o reestructuraciones en el sistema de partidos. De cierta manera, los procesos de des-intermediación partidaria de los movimientos sociales en Chile y Brasil, podrían entenderse por el hecho de que los partidos que tradicionalmente estuvieron a la cabeza de los grandes movimientos sociales están hoy en el poder (PT y los diferentes “Partidos Comunistas” en Brasil, y el Partido Socialista en Chile), por lo que las motivaciones para movilizar han dejado lugar a tentativas de cooptar esos movimientos. Ahora bien, observamos sobre todo en Chile, Colombia y en menor medida México y Brasil, los principales partidos tendieron a producir mecanismos de producción y reproducción de dominación social y política, con afán de conservación de las prebendas del Estado, pareciendo asimismo confirmar la tesis de Katz y Mair (1995) sobre la colonización del Estado por partidos *cartelizados*. Aquellos mecanismos fueron operacionalizados mediante acuerdos informales en Colombia, con el “frente popular” asegurando la alternancia de los partidos tradicionales y la reconducción de sus preceptos bajo las presidencias de Uribe (Parra, 2013). En Chile, el mantenimiento del sistema binominal participó de una pérdida de representatividad de las diversidades políticas y constituyó una herramienta eficaz en la alimentación y retroalimentación de un sistema de partidos cada vez más desconectado de las aspiraciones sociales. Esto condujo de hecho a que los chilenos sean los que menos se interesan con política en América Latina (Latinobarómetro 2011). En los casos brasileños y mexicanos los mecanismos de reproducción política parecen proceder de una mezcla de ambas dimensiones informales e institucionales.

Conclusiones

Como se ha discutido en este texto, la supuesta crisis de los partidos políticos y sistemas de partidos no se justifica de la manera como está planteada. Los partidos políticos son organizaciones dinámicas que se adaptan al contexto político y a los estímulos internos (coaliciones y liderazgos) o externos (competencia electoral, demandas sociales, entre otros). El modelo de partido de masa propuesto por Duverger, y muchas veces utilizado por investigadores en el estudio de las organizaciones partidistas, es un arquetipo datado. En efecto, a pesar de remitir a un modelo de partido más popular e integrado a la noción de clases sociales, este formato estuvo presente esencialmente en un determinado periodo histórico, en Europa.

Los partidos contemporáneos no presentan las características de este modelo de organización, ni en Latinoamérica ni, tampoco ya, en Europa. Con la llegada al poder, los partidos se transformaron en estructuras integradas al gobierno. Este

cambio marca una alteración importante en el papel de los actores políticos, ya que los partidos se alejaron de la ciudadanía al acercarse al poder. Este fenómeno, por supuesto, no es homogéneo ni mecánico. Observamos, así, que en varios países latinoamericanos, los partidos, incluso en el poder, mantuvieron un contacto estrecho con su base electoral, como es el caso en Uruguay, Venezuela o Ecuador. No por nada, en estos tres países los partidos supieron mantener su protagonismo en la elaboración, canalización y definición de demandas sociales. Esto se logró, sin embargo, con el crecimiento paralelo de la polarización sociopolítica. En ese aspecto Venezuela constituye un caso prototípico y extremo.

Por consiguiente, esto nos conduce a preguntarnos, de manera casi provocadora, si la paz social y la estabilidad política se consiguen hoy en Latinoamérica a costa de la apatía política. Chile parece ser, en este sentido, el ejemplo más paradigmático de estabilidad política e institucional combinado con un desinterés profundo de *la* política pero no de *lo* político, como lo han mostrado las movilizaciones sociales desde 2011. Yendo más allá de la realidad latinoamericana, es preciso notar que la transformación del papel de los partidos políticos es un fenómeno incremental y, sobre todo, global que trasciende la dicotomía entre democracias consolidadas y democracias en vías de consolidación. De forma creciente en numerosos casos, sobre todo del mundo occidental, la ciudadanía no identifica como sus representantes a los partidos políticos y actúa de forma más autónoma al intentar hacer llegar al poder público sus demandas. No obstante la actuación de la ciudadanía a partir de los movimientos sociales y reivindicativos no han producido realineamientos o reordenamientos significativos en los sistemas partidistas de la región, lo que se observa es que algunas de las pautas levantadas por estos movimientos son generalmente cooptados por algunos de los partidos políticos. Por su lado, los agentes de los partidos parecen convertirse cada vez más en *political brokers*⁸. En este sentido es posible observar, siguiendo a Mair (2003), que las organizaciones sociales, institucionalizadas o no, funcionan como el vínculo entre el poder político y la ciudadanía, mientras que los partidos actúan, cada vez más, en la instancia del gobierno.

Es importante considerar que este cambio en el papel de los partidos no significa que éstos hayan perdido su importancia como promotores del diálogo y de políticas. Hemos de notar, asimismo, que los partidos están hoy más institucionalizados y, a pesar de alejarse de la función de organización social, han reforzado su profesionalización

⁸ Entendidos como intermediarios para la obtención de recursos y votaciones, sobre bases de intercambios de servicios más que sobre bases programáticas o ideológicas.

mediante su papel en el gobierno. En este sentido, se refuerza la importancia de la agenda que analiza a los partidos políticos en el escenario contemporáneo, así como su organización, institucionalización y canales de comunicación con la ciudadanía. El estudio, por lo tanto, debe partir de la realidad local y del actual contexto, sin dejar de considerar la influencia de los medios de comunicación, los canales de participación ciudadana y el papel de las organizaciones sociales.

Referencias

- Abal Medina, J. (2003). “Elementos teóricos para el análisis contemporáneo de los partidos políticos: un reordenamiento del campo semántico”. En Cavarozzi, M. y Abal Medina, J. (editores). *El asedio a la política; los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario: Homo Sapiens Editorial.
- Albala, A. (2009). “Coaliciones gubernamentales y régimen presidencial: incidencia sobre la estabilidad política, el caso del Cono Sur (1983-2005)”. *Documentos CIDOB América Latina*, n°29.
- Albala, A. y Parra, E. (2011). “¿Nuevos actores, nuevas prácticas? Los casos de reordenamiento de los bipartidismos en Argentina, Colombia y Uruguay”. *Estudios Políticos*, Vol. 9, No. 24, pp. 153-180.
- Alcántara, M. y Tagina, M. L. (2013). *Elecciones y política en América Latina 2009-2011*. México DF: Miguel Ángel Porrúa/ Instituto Federal Electoral.
- Alcántara, M. y Rivas, C. (2007). “Partidos Políticos en América Latina: Precisiones conceptuales, estado actual y retos futuros”. *Documentos CIDOB, América Latina*, N° 24.
- Alcántara, M. (2006a). *¿Instituciones o Máquinas Ideológicas? Origen, Programa y organización de los partidos latinoamericanos*. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials.
- Alcántara, M. (2006b). *Políticos y política en América Latina*. Madrid: Fundación Carolina.
- Alcántara, M. (2004). “Partidos políticos en América Latina: precisiones conceptuales, estado actual y retos futuros”. *Documentos Cidob América Latina*, N°3.
- Bardi, L.; Bartolini, S. y Trechsel, A. (2014). “Responsive and Responsible? The Role of Parties in Twenty-First Century Politics”. *West European Politics*, Vol. 37, N°2, pp. 235-252.
- Colomer, J. y Escatel, L. (2005). “La dimensión izquierda-derecha en América Latina”. *Desarrollo Económico*, Vol. 45, N° 177, pp. 123-136.
- Coppedge, M. (1998). “The Dynamic Diversity of Latin American Party Systems”. *Party Politics*, No. 4, pp. 547-568.

- Coppedge, M. (1997). "A Classification of Latin American Political Parties". *Working Paper #244*, Hellen Kellog Institute, Universidad de Notre Dame.
- Dahl, R. (2003). *La poliarquía*, Madrid: Tecnos.
- Dahl, R. (1994). *¿Después de la Revolución?*, Barcelona: Gedisa.
- Deegan Krause, K. (2007). "New Dimensions Of Political Cleavage". En Dalton, R.J.; Klingemann, H.D. (editor). *The Oxford Handbook of Political Behavior*. Oxford: Oxford University Press.
- Diamond, L. y Gunther, R. (2001). *Political Parties and Democracy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Dix, R. (1989). "Cleavage Structures and Party Systems in Latin America". *Comparative Politics* Vol. 22, N°1, pp. 23-37.
- Duverger, M. (1981). *Les partis politiques*, Paris: Seuil.
- Epstein, L. D. (1980). *Political Parties in Western Democracies*. New York: New Brunswick, Transaction Books.
- Freidenberg, F y Levitsky, S. (2007). "Organización informal de los partidos en América Latina". *Desarrollo Económico*, Vol. 46, N°184, pp. 539-568.
- Garretón, M. (1997) "Revisando las transiciones democráticas en América Latina". *Nueva sociedad*, N° 148, pp. 20-29.
- González, L. y Queirolo, R. (2013). "Izquierda y derecha: formas de definirlos, el caso latinoamericano y sus implicaciones". *América Latina Hoy*, Vol. 65, pp. 79-105.
- Halperin Donghi, T. (2005). *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.
- Harmel, R. y Taylor-Robinson, M., (2007). "Application of the Integrated Theory of Party Change to Latin America's Volatile Party Systems". Paper presentado para el Vº Congreso Europeo CEISAL de Latinoamericanistas.
- Jones, M. (2010), "Beyond the Electoral Connection: The Effect of Political Parties on the Policymaking Process". En Scartascini, C.; Stein, E. y Tommasi, M. *How democracy works: Political Institutions, Actors, and Arenas in Latin American Policymaking*. New York/ Washington D.C.: Harvard/ BID.
- Katz, R. y Mair, P. (1995). "Changing models party organization and party democracy: the emergence of the cartel party". *Party Politics*, Vol. 1, N°1, pp. 5-28.
- Kirchheimer, O. (1966). "The transformation of western European party system". En Lapalombara, J., y Winer, M. (editores). *Political parties and political development*. USA: Princeton University Press.

- Kitschelt, H. *et al.* (2010). *Latin American Party Systems*. Cambridge University Press.
- Levitsky, S. y Roberts, K. (2011). *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Lipset, S. y Rokkan, S. (1967). *Party Systems and Voting Alignments: Cross National Perspectives*. New York: The Free Press.
- Lipset, S. (2001). "Cleavages, parties and democracy". En Karvonen, L. y Kuhnle, S. (editores). *Party systems and voter alignments revisited*. Londres: Routledge.
- Luna, J.P. (2007). "Representación política en América Latina: el estado de la cuestión y una propuesta de agenda". *Política y gobierno*. Vol. 14, N° 2, pp. 391-435.
- Luna, J.P y Zechmeister, E. (2010). "Political Representation un Latin America". En Herbert Kitschelt *et al.* *Latin American Party Systems*, Cambridge University Press.
- Mainwaring, S. (1999). *Rethinking party systems in the third wave of democratization: the case of Brazil*. Redwood: Stanford University Press
- Mainwaring, S. y Torcal, M. (2005). "La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría del sistema partidista después de la tercera ola democratizadora". *América Latina Hoy*, N°41, pp. 141-173.
- Mair, P. (2007). "Left-Right Orientations", en Dalton, R. y Klingemann, H. D. *The Oxford handbook of political behaviour*, Oxford University Press, pp. 206-222.
- Mair, P. (2003). "Os partidos políticos e a democracia". *Análise Social*, Vol. 38, N°167, pp. 277-293.
- Montero, J.R.; Gunther, R. y Linz, J. (2007). *Partidos Políticos viejos conceptos y nuevos retos*. Madrid: Editorial Trotta.
- Mouffé, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Novaro, M. (2009). *Argentina en el fin de siglo*. Buenos Aires: Paidós.
- Offerle, M. (2006). *Les partis politiques*. París: PUF.
- Ostiguy, P. (2009). "The high and the low in politics: a two-dimensional political space for comparative analysis and electoral studies". *Working Paper #360*, Hellen Kellog Institute, Universidad de Notre Dame.
- Panbianco, A. (1988). *Political parties, organization and power*. Cambridge University Press.
- Parra, E. (2013). *Dinámicas Coalicionales en Sistemas Presidenciales de América Latina: El Caso de Colombia (2002-2010)*. Tesis de doctorado, Universidad de Barcelona.
- PNUD / OEA (2010). *Nuestra democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Roberts, K. (2012). "Parties, Party Systems and Political Representation". En Kingston, P. y Yashar, D. *Routledge Handbook of Latin American Politics*, New York: Routledge.
- Roberts, K. (2003). "El sistema de partidos y la transformación de la representación política en la era neoliberal latinoamericana", en Cavarozzi, M. y Abal Medina, J. *El asedio a la política; los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario: Homo Sapiens Editorial.
- Rosanvallon, P. (2006). *La contre-démocratie*. París: Seuil.
- Scartascini, C.; Spiller, P.; Stein, E. y Tommasi, M. (2011). "¿Cómo se juega en América Latina? Instituciones políticas, procesos de negociación y políticas públicas". En Scartascini, C.; Spiller, P.; Stein, E. y Tommasi, M. *El juego político en América Latina: ¿Cómo se deciden las políticas públicas?* Bogotá: BID/ Mayol Ediciones.
- Valenzuela, A. (1977). *Political brokers in Chile: local government in a centralized polity*. Durham: Duke University Press.
- Ware, A. (1995). *Political Parties and Party Systems*. New York: Oxford University Press.
- Weyland, K. (2013). "The threat from the populist left". *Journal of Democracy*, Vol. 24, No. 3, pp. 18-32.
- Weyland, K. (2003). "Neopopulism and neoliberalism in Latin America: How much affinity?" *Third World Quarterly*, Vol. 24, N° 6, pp. 1095-1115.